

de Mendoza, el primer colector español de códices griegos en su siglo (seguido del ilustre crítico Páez de Castro, iniciador de una restauración de Aristóteles y Platón), traductor de Aristóteles, y autor de la *Paraphrasis in totum Aristotelem*. A. Laguna, traductor al latín de Aristóteles, de los Diálogos de Luciano *Tragopodagra* y *Ocypus*, *Galení Liber de hist. philosophica*, y de otros escritores griegos. Antonio Agustín, colector como Páez y Hurtado, de manuscritos griegos, traductor al castellano de la *Cyropedia* de Jenofonte, entre cuyos trabajos está la *Constitutionum graec. Codicis Justiniani Collectio et Interpretatio*. F. de Escobar, que emprendió una nueva versión lat. de la *Retórica* de Aristóteles, corrigiendo las de Hermolao y Trapezuncio, y publicó las *Exercitationes Aphtonii Sophistae*, y *De Octo Quartum Orationis constructione liber*. P. Juan Núñez, además de sus trabajos acerca de Aristóteles y otros, es autor de las *Instit. Gramm. linguae graecae*, *Grammatica linguae graecae*, *De mutatione linguae graecae in latinam*; *Explanationes in Dionysium Aphrum*; *Phrynici Epitome Atticarum libri III, sive Ecloga a Petro Nunnesio integritati restituta, latine conversa: In Homerum et in Aristotelem observationes* etc.; *In Procli Chrestomatiám poeticam Notae*. Martín de Roa, *De Accentu et recta in latinis, hebraicis, graecis et barbaris vocabulis pronuntiatione*. L. Palmireno, autor del *Enchiridian graecae linguae*. Aquiles Estazo, traductor al latín de muchos Padres griegos y de escritores clásicos.

Con estos y otros filólogos que omitimos, pueden figurar sin desdoro los que en el siglo XVI aparecen en España como aristotélicos clásicos, helenistas de primer orden al mismo tiempo que filósofos y críticos distinguidos. Ginés de Sepúlveda traduciendo del griego á Aristóteles y poniendo en latín el Comentario á la *Metafisica* de Alejandro de Afrodisia; el citado J. de Vergara traduciendo también para la edición de Aristóteles proyectada por el Card. Cisneros, la *Metafisica*, *De Anima* etc.; el mencionado Páez de Castro, crítico notable de Aristóteles y Platón, fundando con Diego de Mendoza la *Academia Aristotélica* para la corrección del texto original del Estagirita; Simón Abril, J. Monzó, F. Ruiz y el platónico Fox Morcillo, entre otros muchos, con sus versiones, comentarios é interpretaciones aristotélicas ó aristotélico-platónicas, llevan muy alto el nombre del saber español en su siglo, y reclaman justamente lugar distinguido al lado de los autores antes mencionados en la historia de la Filología clásica general.

Latinistas: Antonio de Nebrija, autor de las celebradas *In-*

*roductiones in latinam grammaticam*, de las *Repetitiones*, de varios trabajos léxicos, entre ellos el *Dictionarium latino-hispanicum et hispano-latinum*, tratando además de ortografía latina, de la acentuación, pronunciación y palabras y diccionones bárbaras; de *Ponderibus*, de *Mensuris*, de *Numeris*, de *Asse*, etc. Suyos son también los trabajos *Artis Rhetoricae compendiosa coaptatio ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*; *Ecphrases in Virgílii opera admodum familiares*; *In Aratorum Paraphrasis*; *P. Therentii Aphri Comoediae etc. recognitae*; *Aurea hymnorum expositio*; *Aurelii Prudentii Clementis libelli cum commento*; *Coelii, Sedulii, Paschale Opus cum paraphrasi*, y otros. J. de Miravet, *De Grammatica*, representante de la escuela nominalista, impugnada y vencida por Nebrija. Luis Vives, *Linguae latinae exercitatio*; *In Bucolica Vergílii Interpretatio*; *In Georgica Vergílii Praelectio*; *De ratione dicendi libri III*; *De Consultatione*; *De Disciplinis*; *In quartum Rethoricorum ad Heremnum Praelectio* etc. A. de Victoria —Nicaner—, editor crítico de Silio Itálico. El Pinciano —Hernán Núñez, Comendador Griego—, *Castigationes in Pomponium Mellam*; *Observationes in loca obscura aut depravata Hist. Naturalis C. Plinii*; *In omnia L. Annaei Senecae Philosophi scripta* etc. *Castigationes utilissimae*. Obras todas ellas que son modelo de crítica y buen sentido filológico. Justo Lipsio ha calificado á la última de *germanae criticae exemplar*. Ginés de Sepúlveda, *De correctione anni et mensium romanorum*; *Pro Alberto Pio... contra Erasmus*, y sus traducciones y obras originales con espíritu del clasicismo. Oliver, editor y corrector de Pomponio Mela, anotador de Cicerón y Plinio. A. de Gouvea, editor de Virgilio y Terencio, corrector y comentarista de Marco Tulio. Petreyo, anotador de Séneca, traductor al latín de las comedias de Ariosto. Antonio Agustín, *In M. Terentium Varronem, De lingua latina Emendationes et Notae*; *Fragmenta veterum historicorum*, etc. Sus *In sextum Pompeium Festum Notae*, han sido encomiadas por Otf. Müller como uno de los trabajos más perfectos en su género, y tiene el mérito Antonio Agustín de haber sido el primer editor de los fragmentos de Festo. P. Chacón, autor de preciados trabajos sobre epigrafía, numismática etc.; de escolios á Salustio y Julio César; comentador de Pomponio Mela, Plinio, Varrón y Séneca; anotador de las *Etimologías* de San Isidoro, del *Octavio* de Minucio Félix, de Arnobio, de Tertuliano, de S. Jerónimo, etc. F. Sánchez de las Brozas —el Brocense—, *Verae Gramm. latinae Institutiones*; *Minerva, seu de causis linguae*

latinae; De interpretationibus plus quam etimologicis; De arte dicendi; Organum dialecticum et rethoricum; y prescindiendo de otros estudios, sus Anotaciones al Arte Poética de Horacio, su edición con escolios de Persio; Anotaciones al Ternario de Ausonio y al Ibis de Ovidio; Comentarios á Alciato; edición corregida de Pomponio Mela; Escolios á las Silvas de Angel Poliziano, maestro de varios filólogos españoles, entre ellos de Arias Barbosa. Aquiles Estazo, Anotaciones á Marco Tulio; Comentario al Arte Poética de Horacio; Notas á Suetonio De claris Grammaticis et de Rhetoribus illustribus; Comentario á Catulo y Tibulo; observationum in varia latinorum scriptorum loca Liber singularis. T. Correa, Ex planaciones al Arte Poética de Horacio; De Prosodia; cinco libros De eloquentia; De antiquitate, dignitateque Poesis, et Poetarum differentiis; etc. S. Fox Morcillo, entre otras obras, De imitatione seu de informandi styli ratione. Ruiz de Azagra primer editor del poema atribuido á Gorippo Africano, De laudibus Justinii Junioris. Y por no citar más, los Comentarios, Anotaciones y Críticas de Luis Carrión, Andrés Strany, Tomás Taxequet, de Andrés Sempere, y los libros de P. Simón Abril (traductor de Terencio y Cicerón) sobre lengua latina, así como los de L. Palmireno sobre el mismo idioma, entre los cuales aparecen trabajos con títulos tan expresivos como el De vera et facili imitatione Ciceronis, De Arte dicendi, Campi Eloquentiae etc.

En los siglos XVII y XVIII son de mencionar como semitistas, Onofre Fenollet, Institutiones ling. hebraicae; Martin Castillo, Arte Hebreo-hispano; Trilles, Instit. Sacrae ling. Hebraicae, etc.; Merchan y Foreiro cada uno con sus Leixicon hebraicum respectivo; Tavares, Ars hebraicae linguae, y Salazar con su gramática del mismo título. Valverde Gandía, Admonitiones quaedam contra Talmud, y traducción del rabino de algunos trabajos de David Quimjhi, Pérez Bayer, además de su Gramática hebrea, otros trabajos filológicos como su De Nummis Hebraeo-Samaritanis, el Apéndice sobre lo mismo publicado años después, y Del Alfabeto y lengua de los Fenicios. Puigblanch, Gramática hebrea, y Orchel, de cuyas teorías se dice eco el más conocido hebraísta español del siglo XIX; García Blanco, en su Diqduq, aunque en buena parte sus doctrinas son reproducción de las de la escuela holandesa de Schroeder.

Entre los varios arabistas habremos de recordar á Obelio Citeroni traductor de una Suma histórica arábica; Alonso del Castillo, Cartulario de documentos arábigos romanzados. Casiri, Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis; Rodríguez

Campomanes, traductor de una parte del Tratado de Agricultura de ben Alawan. J. A. Banqueri, traductor y anotador del mismo Tratado completo. F. Cañes, Gram. y Diccionario arábigo-español. Mariano Pizzi, Gramática de la lengua arábigo-erudita, Diccionario, é Introducción al estudio de la Paleografía árabe. P. Lozano, Paráfrasis árabe de la Tabla de Cebes. De la Torre, Ensayos sobre la Gramática y Poética de los Arabes; etc.

Entre los helenistas citaremos á Cohen de Lara, De convenientia vocabulorum Rabbincorum cum Graecis et quibusdam aliis linguis europaeis; Gonzalo Correas, Trilingüe de tres Artes de las tres lenguas castellana, latina y griega; Prototypi in graecam linguam. Tamayo de Vargas, Novus Musarum Chorus, sive novem illustrium e graecis foeminarum fragmenta. Ponce de León y F. Turriano, traductores ambos de los más notables de su tiempo, que pusieron en latín buen número de escritos de SS. Padres. E. M. de Villegas, Disertaciones filológicas. Jerónimo de Santa Maria, Etymologicum trium linguarum, latinae, graecae et hispanae. T. de Pinedo, Stephanus de Urbibus, Observationibus variarum linguarum ac praecipue hebraicae, phoeniciae, graecae et latinae detectis, illustratus. El ilustre Vicente Mariner de quien se refiere que compuso más de trescientos cincuenta mil versos latinos y griegos; traductor al castellano de casi todo Aristóteles, y al latín de las principales obras de la literatura y Patrología griega: poemas de Homero, obras de Hesiodo, escolios á Píndaro, Sófocles y Eurípides, libros de Proclo, Porfirio, de Juliano el Apóstata, de Filón, de Hipócrates, tratados de Eusebio, S. Atanasio, S. Metodiod, etc., todo ha sido objeto de la actividad de Mariner, y traducido con gusto y corrección. El Deán M. Martí, Ammonii Hermetis versio de similibus et differentibus vocabulis, Notis et Commentariis illustrata; Martialis Disticha et Epigrammata aliquot graece expressa; Anotaciones á Homero y á Teócrito, etc. Bernardo de Zamora, Gramática griega filosófica, según el sistema del Brocense. Aponte, traductor de Homero; Elementos Ghefrianos. Goya y Muniain, edición griega y traducción de la Poética de Aristóteles. Scio de San Miguel, además de la versión de la Biblia, la de Los seis libros de Sacerdocio del Crisóstomo (texto griego y español); Coluthi Lycopolitae Thebani De raptu Helenae libellus, ex graecis in latina carmina conversus etc. Recordemos también entre los helenistas distinguidos, editores, correctores ó traductores, Ign. López de Ayala, Rodríguez Campomanes, Piquer, Berguizas, Estala, Prats y otros.

Son de este último una *Rythmica antiqua graecorum illustrata* y *Conjectura de poesi et musica veterum*.

Como latinistas, Tamayo de Vargas, *Auli Persii Flacci Satyrarum liber è In C. Plinium secundum*. M. E. Villegas, *Dissertationes criticas sobre Séneca, Tibulo, Propertio, Petronio, Marciano Capella, Claudiano, etc.* El Deán M. Martí, *Etymologicum magnum latinae linguae*, con otras obras filológicas. Cascales, entre otros trabajos latinos, sus *Cartas Philológicas*. Mateo Aymerich, *De vita et morte Latinae Linguae Paradoxa Philologica; Specimen veteris romanae litteraturae deperditae*. Mencionaremos también á Mayáns y Siscar, Esteban Arteaga, J. F. Ortiz, Faustino Arévalo, quien se ha distinguido por sus ediciones críticas de Prudencio, Draconcio, Sedulio etc., y por su *Himnodia Hispana*, donde hace ver su erudición filológica y su doctrina.

Por último, y como digna corona de la ilustración y saber filológico-clásicos españoles, levántase entre nuestros lingüistas el insigne Hervás Panduro, de cuya significación glotológica hablaremos en otro lugar, y cuyos trabajos comparativos abriendo el camino á la Gramática comparada, fueron sin disputa la base primera para el monumento de la Ciencia del Lenguaje, la cual viene á ser por sus precedentes de clasicismos en tiempos anteriores á su aparición, por los materiales lingüísticos estudiados gramaticalmente y aportados de todas las regiones del mundo, y por los comienzos mismos de comparación sistemática en ellos, ciencia muy genuina y propiamente española.

Mas si bien el renacimiento ha aportado á la filología elementos de significación, fuerza es reconocer que distaba muy mucho de lo que debiera constituir la verdadera ciencia gramatical; y es que la idea de estudios comparados alma de toda empresa gramatical científicamente entendida les faltaba entonces como en los primeros tiempos de la filología griega y romana. Así se explican las extravagantes etimologías excogitadas, que recuerdan las del tiempo de Varrón y Macrobio; el estrecho criterio sobre las relaciones de las lenguas griega y latina únicas que solían ser comparadas entonces á la manera que lo hacía ya en

tiempo de Sylva el gramático Tyraniion (1); las teorías exageradas sobre construcción gramatical, como la de la elipsis, que el Brocense tanto generalizó en la gramática latina y Lamberti Bos en la griega; la falta de sistema en lo que se refiere á la parte morfológica y de declinación verbal y nominal (2); y, en general, el abandono de todos los medios de investigación propiamente científica.

El latín clásico había desaparecido, las lenguas románicas se presentaban en pleno dominio del orbe; el clasicismo griego se había fundido en el *κοινή διαλεκτος*, y éste á su vez vino á desaparecer ante el empuje avasallador del griego bizantino, cuya distancia del griego clásico no podía ser ni era considerada como puramente accidental; pero en todos esos problemas tan importantes y significativos, tan generales y fáciles de advertir, y que tan grandes aparecen para los siglos posteriores, los sabios del renacimiento nada ven apenas, casi nada encuentran digno de su atención y pasan sobre ellos sin reparar en su alcance, ni adivinar siquiera el lugar filológico que legitimamente les correspondía.

La historia interior y exterior del griego hasta los tiempos modernos, ofrece varios problemas de solución insegura todavía. Entre ellos es de los principales el determinar la subsistencia ó no subsistencia de los dialectos clásicos en el neo-

(1) Aludimos á su libro intitulado *Περί της ρωμαϊκης διαλεκτου ου εστιν εκ της ελληνικης*, encaminado, como dice su título, á demostrar la filiación griega del latín.

(2) Bien sabido es lo que significaba en las lenguas semíticas, en hebreo principalmente, el terrible capítulo *de mutatione punctorum*, y no es menester hablar del inextricable laberinto de la conjugación griega. La declinación que en tiempo de Teodosión y Chorboscós se explicaba por 56 modelos (comprendidos todos los géneros) llegó á reducirse á 10 y luego á 5 y á 3, número que prevaleció hasta nuestros días.

griego. La escuela antigua, entre cuyos distinguidos seguidores se cuenta E. Egger, defiende la permanencia de las formas dialectales del clasicismo á través de las transformaciones del griego moderno. La escuela nueva, no halla vestigios de esta transmisión de formas, ni las descubre en el análisis fonético y morfológico del griego medioeval. La primera hace del neo-griego una mezcla de todos los antiguos dialectos á la vez, en especial del eólico y variantes lesbianas, jónico y dórico, sin exceptuar por eso los demás subdialectos y formas menos significadas. La segunda desecha todo dialectismo del neo-griego, explicando la morfología de éste sin intervención dialectal diversa, cuya conservación en las nuevas formas de la lengua ni aparece históricamente demostrada, ni filológicamente se llega á evidenciar. En esta teoría, sobre el material del griego antiguo con las alteraciones y mezclas consiguientes, se establece que las formas generalmente reputadas resultante de los dialectos clásicos, deben explicarse por reglas fonéticas peculiares del neo-griego, y en algunos casos por influencia de la analogía. Es innegable que esta explicación basta teóricamente para solucionar el problema, y que con ella puede responderse á todos los reparos de los partidarios de la antigua escuela; pero la cuestión de la subsistencia ó no subsistencia de los dialectos clásicos es sobre todo histórica, y á la vista de los hechos solamente puede resolverse. Estos á primera vista pudieran reputarse favorables á la antigua escuela, toda vez que no faltan, sobre todo en las viejas inscripciones, muestras de la persistencia dialectal; pero en rigor lejos de demostrarse con datos semejantes la influencia de dichos dialectos en el griego bizantino, se prueba con ellos su extinción gradual y el retroceso y desaparición paulatina de las formas clásicas ante las propias y preponderantes del neo-griego. Cuando se han aducido tales argumentos en favor de la subsistencia clásica en la morfología helénica medioeval, no se ha reparado en que las formas antiguas no han podido desaparecer repentinamente del lenguaje, y que por lo mismo su permanencia en tiempos posteriores acusa un resto de tradición accidental más bien que un influjo activo y eficaz en el nuevo idioma de la Grecia; y esto es lo que evidentemente se deduce de la atenta observación de los hechos que marcan un descenso creciente de los restos dialectales, los cuales aparecen con frecuencia aislados y de todos modos infecundos, hasta su total desaparición.

Por varios caminos se ha ensayado llegar á esta conclusión que aceptamos con los partidarios de la nueva escuela helénica,

si bien ninguno de ellos nos parece suficiente por sí sólo para una demostración adecuada en la materia. Según el método de Chatzidakis el problema debe estudiarse sobre la economía fonética y morfológica del griego moderno, de tal suerte que una vez hallada explicación suficiente de los fenómenos lingüísticos dentro del idioma se deseche toda intervención dialectal. Chatzidakis ha puesto en práctica el procedimiento y explicado las formas neo-griegas sin recurrir al clasicismo. Pero en esta práctica se echa de ver fácilmente un tránsito del orden de la *posibilidad* al orden de los hechos y la falta de lógica que resulta al establecer que una cosa *es* sólo porque *pueda ser*. Y sin negar que en materias como la que nos ocupa, la posibilidad de adquisiciones propias hace verosímil la no intervención de las ajenas, esto no basta para una conclusión cierta, mientras en frente á la posibilidad aludida pueda invocarse la posibilidad de lo opuesto, con lo cual se explicarían igualmente las nuevas formas del idioma mencionado. En rigor con este sistema se incurre en una petición de principio; porque se trata de demostrar la no persistencia de los antiguos dialectos, y para ello se comienza por sentar implícitamente su desaparición, al apelar á un método en que se prescinde en absoluto de su existencia.

Según el método de Psichari debe estudiarse el griego de la Edad Media comenzando en el siglo X, y no hallándose en los monumentos de entonces y siglos posteriores influencia dialectal, puede concluirse que el griego moderno no participa de ella. Este procedimiento puede sin duda aplicarse á gran número de casos; pero la inducción se halla bastante incompleta desde el momento en que se considera que este sistema no tiene aplicación en los casos en que faltan documentos medioevales para observar ciertas formas que pudieran muy bien ser resultantes de los dialectos. Por otra parte nada obsta para que una forma dialectal desaparecida en los documentos del siglo X y posteriores, haya antes de esa época ejercido su influencia fonética y morfológica en el idioma, y perseverado por lo menos *virtualmente* en el lenguaje oral.

El método de Sóphoclis, adoptado en general por Pernot y por otros, es análogo al precedente, si bien más amplio y completo. Consiste en observar la marcha de la Gramática helénica desde la época alejandrina, y seguir á través de ella, mediante las inscripciones, las manifestaciones dialectales hasta su total desaparición del neo-griego. No nos consta la fecha de muchas inscripciones, ni éstas se refieren á todas las regiones, ni á todo el lenguaje griego. Pero esto que puede hacer insegura en al-

gún caso la aplicación del procedimiento, no impide sus garantías de verdad (1).

(1) En *Les inscriptions de Paros* del citado Pernot (*Biblioth. de l'École des Hautes Études*, t. 92), encontramos la aplicación detenida del procedimiento á buen número de selectas inscripciones griegas tomadas de Kirchoff, Kaibel, Kauer etc. Con las más antiguas de éstas hace ver claramente Pernot la extinción gradual del dialecto jónico en Paros, y el predominio sucesivo de las formas comunes que hubieron de sustituir por completo á las formas dialectales. Y aunque en inscripciones menos antiguas de la misma procedencia (anteriores en algo más de un siglo á la era cristiana) se hallan todavía influencias innegables de los dialectos, es de advertir que su empleo no corresponde en manera alguna al lenguaje usual, sino al poético y literario. Por esto tal permanencia dialectal es más ficticia que real, más convencional que histórica; y su mismo empleo limitado á la forma poética y no moderado por otras normas que las arbitrarias del que escribe, es evidente prueba de que en realidad los dialectos cedían ante el lenguaje común y sólo podían conservar la vida artificial y efímera que dichas inscripciones revelan. Como ejemplo del aludido género de lenguaje mixto dialectal puede servir la elegante inscripción de *Dionisio Magnees*, diálogo sepulcral en que una mujer, Socratea, cuenta el prematuro y desgraciado fin de sus días:

- a Φράζε τίνος γονέος, σέο τ' οὔνομα καὶ πόσιν αὔδα  
Καὶ χρόνον εἰπέ, γῆναι, καὶ πόλεως ὄθεν εἶ.
- β Νείκανδρος γενέτωρ, πατρίς Πάρος, οὔνομα δ' ἦν μοι  
Σωκρατέα· φθιμένην Παρμενίων δ' ἔθετο
- 5 Σύνλεκτρος τύμβω με· χάριν δέ μοι ὤπασε τήνδε,  
Εὐδόξου ζωᾶς μνήμα καὶ εἰσομένους.  
Καί με πικρά, νεαροῖο βρέφους ἀφύλακτος, Ἐρεινὸς  
Αἰμορῦτοιο νόσον τερπνὸν ἔλυσε βίον
- 10 Οὐδ' ὑπ' ἐμαῖς ὠδεῖσι τὸ νήπιον ἐς φάος ἦγον,  
Ἄλλ' ὑπὸ γαστρὶ φίλα κεύθεται ἐν φθιμένοις.  
Τρισσᾶς ἐκ δεκάδος δὲ πρὸς ἕξ ἐτέων χρόνον ἦλθον,  
Ἄνδρὶ λιποῦσα τέκνων ἀρσενόπαιδα γονάν.  
Δισσὰ δὲ πατρὶ λιποῦσα καὶ ἡμερῶν συνομενῶ  
Αὐτὰ ὑπὸ τρίτατο τόνδε λέλογχα τόπον.
- 15 γ Ἄλλὰ σύ, παμβασιλεία θεά, πολυώνυμε Κούρα,  
Τήνδ' ἄγ' ἐπ' εὐσεβέων χάρον ἐλοῦσα χερσός.  
Τοῖς δὲ παρερχομένοισι θεὸς τέρψιν τινα δοίη  
Εἴπασιν χαίρειν Σωκρατέα κατὰ γῆς.  
(Διονύσιος Μάγνης ποιητῆς ἔγραψεν).

Tal es el texto como lo presenta Boeckh, que reproduce Pernot con las variantes de Jacobs y Kaibel, las cuales no son de mayor

Para trazar el cuadro más aproximado posible de las relaciones clásicas y neo-griegas, un procedimiento verdadero y adecuado debe juntar los métodos precedentes, investigando por medio de los últimos los hechos lingüísticos, y considerando por el primero la eficacia y aptitud del idioma griego para los fenómenos que ofrece, ya que la gramática histórica ha de resultar de la vida interior del lenguaje y de las circunstancias exteriores en que ésta se desarrolla. Por este método *eclético* ejecutado convenientemente sobre la historia interior y exterior del griego, pudiera deducirse con toda verosimilitud cuál haya

cuantía á nuestro objeto. En el cit. vol. 92 de la *Biblioth.* de altos estudios puede verse una buena traducción al griego moderno hecha por Pernot de esta inscripción, que permite comparar uno y otro lenguaje helénico.

En la inscripción métrica transcrita aparecen á primera vista reunidas en confuso conjunto formas *dóricas* y *jónicas*, formas puramente *poéticas* y formas *comunes*, indicio seguro de que los dialectos caminaban á la extinción. Formas *dóricas*, como ζῶᾶς —v. 1.º—; φίλα —v. 10.º—; τρισσᾶς —v. 11.º—; γοναν —v. 12.º—; αὐτά —v. 14.º—; Κούρα —v. 15.º— Formas *jónicas*, como σέο —v. 1.º— (σεῦ, σεῖο, σέο en Homero y Heródoto); οὔνομα —v. 3.º—; ἐτέων —v. 11.º— (forma de genitivo que si se ha querido hallar en la prosa ática, ha sido sin motivo justificado y serio); λέλογχα —v. 14.º—; εὐσεβέων —v. 16.º—; παρερχομένοισι —v. 17.º— (desinencia poética que alterna en las inscripciones con la terminación en οῖς). Formas de carácter *poético*, como πόσιν —v. 1.º— (aunque se halla alguna vez en la prosa y úsalo Aristóteles, es harto raro su empleo); οὔδα —v. 1.º— (en Homero, Píndaro y los trágicos); γενέτωρ —v. 3.º— (en Eurípides, aunque alguna vez en Aristóteles y Heródoto); φθιμένην —v. 4.º—; συνλεκτρος —v. 5.º— (Eurípides y Luciano); ὤπασε —v. 5.º—; εἰσομένους —v. 6.º—; αἰμορῦτοιο —v. 8.º—; φάος —v. 9.º— (en la prosa es usada en los casos oblicuos); φίλα —v. 10.º— (no usado en la prosa en el sentido de pronombre poses. que tiene); κεύθεται (en Homero y Eurípides, y sin uso en la prosa). Formas *comunes*, como τίνος —v. 1.º—; γονέος —v. 1.º—; πόγεως —v. 2.º—; εἶ —v. 2.º— (jon. εἶς); ἦν —v. 3.º— (jon. ἔην); τήνδε —v. 5.º—; μνήμα —v. 6.º— (y las demás que se contraponen por la vocalización á las formas dóricas señaladas); νόσου (jon. νούσου —v. 8.º—; δισσά —v. 13.º— (jon. διξά) etc.

Análoga mescolanza se echa de ver en otras inscripciones, las cuales confirman lo que manifestamos arriba sobre la no existencia de la acción dialectal en la formación de griego moderno, una vez perdido el ascendiente y carácter que á los dialectos había correspondido.

sido el proceso de su transformación hasta nuestros días, y este criterio el que en definitiva llegará á imponerse por lo menos prácticamente.

De todas suertes las observaciones hechas en una ú otra forma hasta hoy, permiten establecer que si queda la persistencia dialectal lexicológica en neo-griego por conservación directa é indirecta de elementos del vocabulario de los dialectos antiguos, la morfología, la fonética y la sintaxis en la gramática neo-griega es independiente de los antiguos dialectos y aparece derivada de las formas del griego común.

Como en la transición del griego antiguo al griego bizantino, así en el tránsito del latín clásico al latín *románico* ofréncense problemas filológicos de no fácil solución, y sin duda más complicados en la historia de la lengua latina que en la del idioma helénico.

Las múltiples encontradas opiniones á que dieron lugar los fenómenos lingüísticos de las varias edades de la latinidad son prueba de la incertidumbre de sus evoluciones, la cual inseguridad reina todavía á pesar de los trabajos que hubieron de realizarse con sostenido empeño sobre la materia.

Prescindiendo de antiguas explicaciones sobre la formación del *romanismo*, alguna de las cuales puede remontarse hasta los tiempos de S. Isidoro, y que con el renacimiento (desde Leonardo Bruni) aparecen más ó menos superficialmente planteadas, hallamos ya dentro de la época de la Filología comparada teorías ciertamente inaceptables. Dos extremos principalmente encontramos entre los modernos acerca de la época de la formación del latín vulgar, á los cuales siguen otros varios de igual suerte menos probables sobre la *manera* como hubo de constituirse y la cronología de sus elementos diferenciales.

El primero de aquellos extremos confundiendo el latín vulgar con el denominado *bajo latín* de la *media é infima latinidad* de las escuelas y de la vida oficial posterior á la caída del Imperio, trae hasta las ruinas de éste los orígenes de aquel lenguaje. Opinión que Max Müller no dudó suscribir, á la cual vienen á parar Steinthal y Pott con su criterio de mescolanza lingüística en la fusión de las lenguas romances, y que en general es fondo común para los partidarios de las invasiones helénica, céltica ó germánica en el latinismo como razón diferencial de los idiomas de la *romania*. El otro extremo está representado por los que contraponiendo el latín vulgar al latín literario hacen ambos lenguajes de formación paralela en los más apar-

tados tiempos del Lacio. Es doctrina á la cual conducen las afirmaciones de Fuchs y de Seelmann, entre otros, si no es que deba decirse fundamento de sus clasificaciones en la materia.

El primero de dichos extremos no necesita hoy ser refutado, pues los datos históricos que ora nos demuestran la existencia de un lenguaje vulgar, llámese *rusticitas, peregrinitas italica* etc., ora nos presentan ejemplos concretos del tal latín vulgar en la antigüedad romana; que nos ofrece ya monumentos escritos sobre todo epigráficos donde es dado hallar la latinidad rústica, ya ejemplares de contaminación dialectal itálica del osco, ombrio, sabelio, piceno y demás variantes, constituyen para quien no cierre los ojos á la evidencia, prueba irrecusable en favor de un latín vulgar hablado mucho tiempo antes no sólo de la caída sino de la constitución del Imperio romano. Y no podía menos de suceder así, si la vida de la lengua latina no había de constituir una excepción singularísima en cuanto á la desmembración natural de los idiomas y su renovación y alteración proporcional al medio social en que se mantiene. Las invasiones militares tan frecuentes y significadas en los primitivos tiempos de Roma, los cambios de poblaciones coloniales, las deportaciones de pueblos casi integros, las emigraciones é inmigraciones entre los habitantes del Lacio y los *italiotes* del resto de la península, la admisión de estos últimos en las legiones, la extensión á los mismos del *jus connubii* y en general todos los medios de administración y régimen centralizadores empleados por Roma, conducían necesariamente á la difusión del latín al mismo tiempo que á su alteración sucesiva á través de las regiones dominadas.

No es más aceptable tampoco el segundo extremo señalado, que distingue el latín vulgar del literario cual dos idiomas colaterales y de evolución paralela. Ninguno de los monumentos conservados del latín literario y del latín vulgar autorizan para establecer una distinción tan marcada y para separar un lenguaje del otro. Ni el pueblo itálico hablando latín ha creído nunca poseer otro idioma que el de la Roma culta, siquiera tuviese sus variantes, ni las inscripciones de las provincias comparadas con las inscripciones de Roma aparecen constituyendo dos latinidades vaciadas en moldes diversos, ó con caracteres diferenciales que no sean de suyo reducibles á un tipo inmediato común y de explicación fácil dadas las condiciones del latín en el pueblo y del latín en las letras. Todos los argumentos que pueden aducirse contra la afirmación de que el latín vulgar es posterior á la caída de Roma, fundados en la existencia de este

latín en épocas precedentes, sirven igualmente contra los sostenedores de la aserción que venimos impugnando, con sólo establecer sobre ellos un examen comparativo de dicha latinidad y de la latinidad literaria de la cual viene á ser una simple variante.

Para colocarnos, pues, en el verdadero camino sobre la materia es menester comenzar por reconocer la unidad del latín saliendo del territorio del Lacio con el mismo carácter invasor que distinguía á los que allí lo hablaban, y sufriendo las transformaciones inevitables resultado del choque con los varios lenguajes de las regiones cuyo dominio intentaban alcanzar. El viejo latín trasplantado á las provincias itálicas y sucesivamente á las múltiples colonias de Roma, no podía mantenerse ni se sostuvo en su tipo primero, ni entró en las diversas comarcas de la *romania* en las mismas condiciones, ni desplegó las mismas energías en las regiones conquistadas, ni acabó á un mismo tiempo con el habla propia de los sometidos. De aquí que no pueda presentarse una norma absoluta, si no muy relativa, de la cronología latina, y que con ser la latinidad vulgar de una antigüedad indisputable en conjunto, ofrezca de hecho tantas alternativas como *cuerpo lingüístico*, cuando se busca su razón genética sobre el viejo latín de donde proviene; de aquí igualmente que con ofrecer variantes muy significadas en los países colonizados, no pueda contraponerse en condición de lenguaje diverso al lenguaje del Lacio, del cual apenas pudiera decirse formación dialectal.

Cual haya sido la manera de constituirse el latín vulgar al contacto con formas lingüísticas extrañas, es también objeto de discusión filológica. Dada la verdad de una época de *latinidad única*, cabe preguntar si al perder ésta su integridad con el fraccionamiento del latín vulgar, se ha dado lugar á un *polidialectismo* originario que se haya difundido por modo cada vez más divergente y alejándose siempre de su centro primero, ó se ha mantenido dentro de normas determinadas la evolución lingüística sin seguir aquella dirección. La teoría de Sittl (*Die lokalen Verschiedenheiten der lat. Sprache*) que establece dicha expansión creciente polidialectal para la difusión del latín, conduce á la conclusión por él mismo aceptada, de que cuanto más lejos vaya el latín y más diste de su centro primitivo, más habrá de alterarse y desfigurarse, perdiendo en *intensión* lo que va sucesivamente ganando en *extensión*. Por el contrario, no admitiendo tal fuerza expansiva, la conclusión puede ser la inversa de la precedente; esto es, que tanto menos

habrá de alterarse el idioma latino cuanto más alejado se halle de su centro, y habrá de conservarse más de su *intensión* cuanto vaya más lejos su *extensión*. Los hechos en efecto que son en este punto el medio legítimo de resolver, están sin duda en favor de esta última doctrina, y nos hacen ver que el latín se ha alterado incomparablemente más pronto en contacto con los dialectos itálicos, que en regiones apartadas á donde si tardó más en llegar, también se mantuvo con más seguridad y persistencia relativa en sus formas. En rigor no es esto más que el fenómeno natural que se observa en todas las lenguas cuando traspasan su territorio primero; si en el medio social á donde son trasladadas se habla un lenguaje próximamente emparentado con el que de nuevo se introduce, la asimilación mutua no tarda en aparecer, con el detrimento consiguiente en la integridad de las lenguas que se encuentran; pero las dificultades para la fusión ó contaminación de formas y por lo mismo para la alteración lingüística, serán por el contrario tanto mayores cuanto aquellos idiomas estén entre sí más distanciados. El latín, pues, hubo de sufrir sus alteraciones no proporcionalmente á la distancia de los puntos á que llegó, sino en relación con la mayor ó menor proximidad de las lenguas con que encontró; y siendo en general los antiguos dialectos itálicos más similares al latín que las lenguas de otros países más distantes, dicho se está que la alteración dialectal hubo de verificarse á la inversa de lo que dice Sittl, y de conformidad con lo que dejamos indicado.

En cuanto á la *gradación evolutiva* de la lengua del Lacio para llegar al romanismo general, si bien las explicaciones convienen en una norma genérica de transición dialectal, no así en la determinación concreta de ésta. Fuchs (*Die roman. Sprachen in ihrem Verhält. zum Lat.*), admite un latín *literario* como lengua uniforme ó mejor uniformada; un latín *vulgar* polidialectal y sin unidad alguna, variando en cada provincia y en cada región de una misma provincia; y finalmente un latín *popular* (*Volkslatein*), ó sea el *sermo rusticus* hablado en el Lacio y transmitido por las legiones á las provincias conquistadas, donde vino á ser como lenguaje semioficial é intermedio de los dos extremos de latinidad indicados, el latín literario y el latín múltiple, vulgar ó provincial. Esta misma teoría es aceptada por Seelmann (*Ausspr. des Latein*) y por otros posteriores, entre los cuales puede contarse también F. Stolz (*Historische Gramm. der lat. Sprache*).

Por su parte Jordán (*Kritische Beitr.*) distingue un latín